

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

# JACOBO SIRUELA LIBROS, SECRETOS



ATALANTA

A pesar de su diversidad temática, los ensayos de este libro van confluyendo entre sí como vasos comunicantes hasta formar un cuerpo unitario. El primero se adentra en fuentes olvidadas: el intrigante manuscrito Voynich, que ni los más sagaces criptógrafos han sabido descifrar; el *Libro mudo*, cuyo único «texto» está compuesto de quince misteriosas imágenes alquímicas; el inextricable *Finnegans Wake*, de Joyce; *La arquitectura natural*, un laborioso tratado sobre las leyes universales de la armonía relacionadas con el número; y, por último, *Formas de pensamiento*, una curiosa obra teosófica desconocida. Su propósito es tratar de iluminar los diferentes secretos que esconden estos libros. Sin embargo, *Formas de pensamiento* –fuente de inspiración para los primeros pintores abstractos– abre una nueva senda especulativa: la de mostrar el rostro oculto y complementario de lo que llamamos *modernidad*. Ese mismo sentido guía el objetivo del segundo capítulo, que versa sobre la búsqueda intempestiva de lo femenino que llevó a cabo la poeta surrealista Valentine Penrose, y del tercero, dedicado al mito moderno del vampiro.

El cuarto capítulo es una interpretación diferente de la epopeya de Gilgamesh, la obra literaria más antigua del mundo, que relata el proceso de iniciación del héroe con una fuerza y unas imágenes subyugantes. El siguiente capítulo, titulado «La metáfora absoluta», ahonda en uno de los puntos menos abordados por el pensamiento contemporáneo: en un largo recorrido sintético



MEMORIA MUNDI

**ATALANTA**

96



JACOBO SIRUELA  
LIBROS, SECRETOS



ATALANTA

2015

En cubierta: imagen de Harpócrates, Athanasius Kircher,  
*Oedipus Aegyptiacus*, 1654, tomo 3, pág. 590.  
En contracubierta: fotografía del autor de Inka Martí.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento  
de esta obra.

*Todos los derechos reservados.*

© Jacobo Siruela, 2015  
© EDICIONES ATALANTA, S. L.  
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España  
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34  
[atalantaweb.com](http://atalantaweb.com)

ISBN: 978-84-943770-2-0  
Depósito Legal: Gi.-I.555-2015

## ÍNDICE

Libros secretos

13

El manuscrito Voynich

14

El *Libro mudo*

35

El despertar de Finnegan

60

*La arquitectura natural*

67

*Formas de pensamiento*

84

Valentine Penrose

o la búsqueda de lo femenino

101

El vampiro. Un mito moderno

137

Gilgameš

175

La metáfora absoluta

201

El mensajero de la naturaleza

241

Nota sobre los textos  
255

Índice de ilustraciones  
257

Bibliografía  
261



**Libros, secretos**

Quisiera aprender a maravillarme de una forma distinta, aprender a ver las formas viejas con ojos nuevos, en lugar de mirar, como hasta ahora, las formas nuevas con ojos viejos, tal vez así adquirieran la juventud eterna.

Gustav Meyrink, *El rostro verde* (1916)

## Libros secretos

De alguna manera, todos los libros tienen secreto. Cualquier obra que presente ciertos grados de complejidad siempre oculta bajo su llano manto de palabras algunos aspectos opacos más allá de su primer plano de significado. *La Comedia* de Dante, por ejemplo, podía leerse, según su autor, de cuatro formas distintas: una literal, una alegórica, una moral y otra anagógica. Las tres primeras lecturas eran más o menos accesibles; la última encubría un sentido místico más profundo, destinado a unos pocos. Según Joyce, cada capítulo del *Ulises* se refiere a un episodio de la *Odisea* y desarrolla una voz, una técnica y un punto de vista diferentes; y algo semejante sucede con *El castillo* de Kafka, que puede entenderse también como una vasta alegoría, tal como han sugerido sus más finos exégetas. De modo que al margen de sus esplendores verbales, al margen de la singular originalidad de sus temas y complejidades estructurales, la calidad de estas obras ha de medirse también por la coherencia y profundidad de sus diversas capas de sentido.

Salvo *Thought-Forms* –que no es propiamente un texto «secreto» sino un libro, digamos, *con secreto*–, casi todas las obras mencionadas en este ensayo son casos más o menos extremos de opacidad: o bien se expresan en un lenguaje impenetrable, o bien requieren para su entendimiento de un saber previo totalmente ajeno a un discurso accesible. Lo cual no quiere decir de ningún modo que sean intrascendentes o caprichosas. Todo lo contrario. Con la excepción de la torrencial novela de Joyce –que es una profunda inmersión lingüística en la noche del logos–, cada uno de estos libros persigue un fin preciso, minuciosamente trabajado. La mayoría se refiere a aspectos cualitativos del mundo, cuyo campo de significado se oculta tras un misterioso velo de símbolos que, precisamente por alejarse de nosotros, aviva el deleite de la imaginación. Constituyen, digamos, la otra cara de la moneda, aquella zona de exclusión cultural que el tiempo ha arrojado fuera de los caminos usuales y que, por esta razón, ha de ser reconsiderada bajo otras perspectivas.

### El manuscrito Voynich

Seguramente, el manuscrito Voynich sea el texto más inaccesible de nuestra cultura. Y no es hipérbole, pues ha cautivado, desconcertado y conducido al más estrepitoso fracaso a varias generaciones de especialistas, que en vano intentaron superar los insalvables escollos criptográficos que lo distinguen del resto de manuscritos medievales. Pero antes de adentrarnos en sus peculiaridades, conozcamos primero el perfil biográfico del no menos singular descubridor del código.

La vida del judío polaco Wilfrid Michal Habdank-Woj-



nicz (1865-1930), natural de la ciudad lituana de Kaunas, licenciado en química y farmacia, comienza a cobrar ciertos perfiles novelescos en 1885, cuando es detenido y puesto en prisión por haber participado en un fallido intento de liberar a sus compañeros del movimiento nacionalista polaco, todos sentenciados a muerte. Debido a ello, pasó dos años en una fría y exigua celda de la ciudadela de Varsovia. Esta estancia minó su salud y dejó en su cuerpo el desaliño de un hombro más alto que otro. En 1887, fue deportado a Siberia, y en 1890 logró fugarse y llegar al cabo de cinco meses al puerto de Hamburgo para colarse en un barco frutero que partía rumbo a Londres.

Tan pronto como desembarca en la capital británica, hambriento y sin hablar una palabra de inglés, se dirige al elegante barrio de Chiswick, donde vive como un gran señor Sergnéi Stepniak, un revolucionario ruso que había logrado cierta notoriedad por haber asesinado con una daga, en plena calle de San Petersburgo, nada menos que al jefe de la policía secreta zarista, uno de los hombres más

viles y odiados de toda Rusia. Stepniak acogió a Wojnicz y lo inscribió en la «Sociedad de Amigos por la Libertad de Rusia», que contaba entre sus miembros a Eleanora Marx (hija del filósofo) y a William Morris.

Una tarde, durante una reunión en casa de Stepniak a la hora del té, conoce a la joven y decidida irlandesa Ethel Boole (1864-1960), hija del inventor de la aritmética computacional moderna, George Boole. Lily, como la llamaban sus cercanos, había leído con avidez los escritos de Stepniak durante su estancia como estudiante de música en Berlín, y prendida por la causa revolucionaria, se une activamente a su movimiento nada más regresar a Inglaterra y acude a casi todas sus reuniones políticas. En poco tiempo, se gana la confianza del grupo y es enviada a San Petersburgo con la misión de contactar con un pariente de Stepniak, que será su enlace en sus actividades clandestinas. Curiosamente, años atrás, cuando su barco hacía escala en la ciudadela fortificada de Varsovia, Wojnicz la vio pasar desde su escuálido ventanuco enrejado, toda vestida de negro (como supo después) en señal de duelo por el lamentable estado del mundo. No llegaron a mediar palabra, ni siquiera se cruzaron una fugaz mirada. Pero Wojnicz jamás olvidó el paso grave y algo solemne de esa extraña figura enlutada, caminando por la acera cubierta de nieve, y la reconoció nada más llegar a la reunión; lo cual le fue de gran ayuda para afianzar su vínculo con el círculo político que acababa de apadrinarle.

Por entonces, Ethel ya destaca en aquel heterogéneo grupo revolucionario. Además de ser coeditora del boletín de la sociedad *Rusia libre*, y figura clave en sus actividades políticas, ha publicado una novela, *The Gadfly* (1897), que en pocos años se convierte en uno de los mayores *best sellers* de la Rusia soviética y la China

maoísta. Por su parte, Wilfrid ha decidido adaptar su apellido polaco al inglés, en parte por motivos comerciales, pero también como prudente amparo frente a posibles represalias contra su familia en Rusia. Aunque no se casan hasta 1902, desde 1895 viven juntos; se ganan la vida traduciendo al ruso obras de Marx y Engels y ambos firman con el apellido de Voynich. De vez en cuando, Wilfrid escribe soflamas políticas, mientras que Ethel se ocupa de organizar en Rusia una red de contrabando de libros de los autores comunistas más importantes de la época que imprimen en Inglaterra.

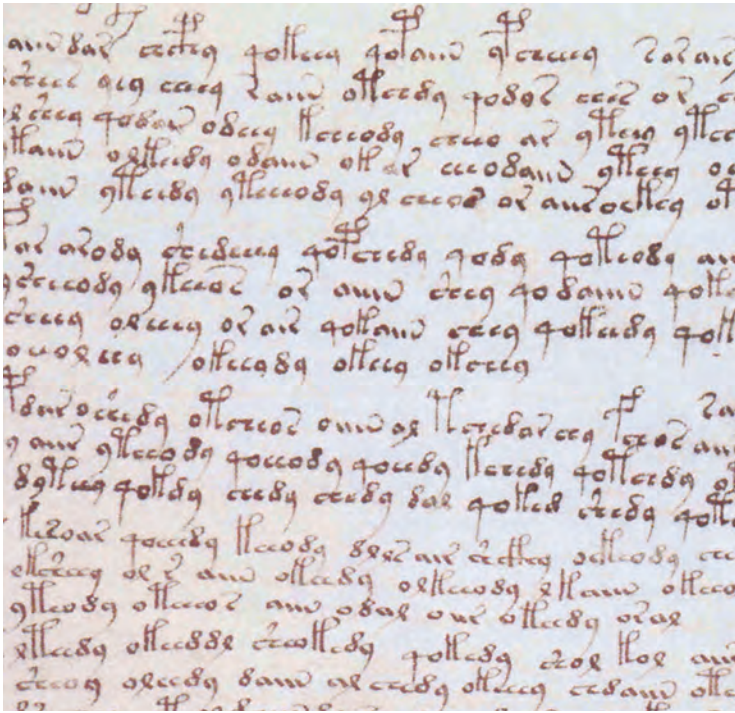
Tras la inesperada muerte de Stepniak, arrollado por un tren, Voynich comenzará su brillante carrera de librero anticuario. En el seno del grupo revolucionario, antes tan cohesionado por la autoridad de su líder, se desatan agrias disputas por alcanzar el poder, y Voynich comienza a distanciarse de la política y a volcar en su negocio la misma pasión que antes había depositado en la lucha revolucionaria. Su fino olfato para rastrear circuitos poco habituales, unido a un rápido sentido de la oportunidad comercial, le llevan a reunir en un plazo sorprendentemente breve un apreciable número de volúmenes raros y que los catálogos de su librería de Soho Square adquieran renombre. De modo que poco antes de finalizar el siglo, el prófugo y faccioso revolucionario se convierte en un próspero y respetable librero londinense.

En 1912, gracias a su nutrida red de contactos, Voynich se entera de que los jesuitas del Nobile Collegio Mondragone de Frascati, atenazados por la falta de liquidez, se han visto obligados a tener que desprenderse de algunos valiosos volúmenes de la biblioteca. La única condición que ponen para la venta es la de sellar la operación con santo silencio. De ahí que posteriormente en su me-

morandum Voynich califique ambiguamente a la Villa Mondragone como «antiguo castillo del sur de Europa». La oferta parece tentadora y decide acercarse a Frascati a hojear los códices. Casi todos tienen ricas iluminaciones, pero lo que más llama poderosamente su atención es un viejo y desgarrado manuscrito de 23 x 15 cm, con hojas en cuarto de varios tamaños. Voynich observa enseguida que, además de ciertos saltos en la numeración, faltan ocho páginas del comienzo. Pero queda cautivado por la profusa variedad de plantas exóticas, diagramas astrológicos de estructura novedosa y extrañas ilustraciones con mujeres desnudas bañándose en verdosos lagos orgánicos. Voynich piensa de inmediato en varios de sus clientes y comienza por ofrecer una cifra muy baja. Para su gran sorpresa, el *fratello* la acepta sin poner ningún reparo.

Ya en Londres, después de haber estudiado con cierto detenimiento su adquisición y de haberla comparado con otro códice bizantino del Museo Británico, concluye que se trata de un manuscrito anónimo sin título, miniado en la Baja Edad Media, con profusión de referencias botánicas medicinales y esquemas astrológicos. No hay duda de que sus extraños motivos visuales tienen gran interés, pero su característica más extraordinaria es la caligrafía. Se parece mucho a la «cursiva humanista» empleada en Florencia a finales del siglo XIV en no pocas recetas médicas, pero con la intrigante peculiaridad de resultar ilegible por tener unos caracteres completamente desconocidos. Voynich no da crédito a su hallazgo. Hace fotografiar sus 246 páginas y manda copias fotostáticas a varios especialistas. El proceso dura años. El manuscrito no aparece en ningún catálogo, pero lo más desconcertante de todo es el veredicto de los criptógrafos que, incrédulos, anuncian el origen desconocido de la lengua empleada en el códice. La fluidez





del trazo muestra con toda claridad que el calígrafo entendía bien lo que iba escribiendo, sin tener que servirse de ningún cálculo previo antes de proceder a la escritura de cada frase o palabra, como sucede en todo intento de utilizar una grafía carente de sentido. Según uno de los expertos, fue escrito por una sola mano con pluma de ave después de la ejecución de las figuras, pues en ciertas ocasiones las frases rozan o penetran en los bordes de las imágenes. En suma, el dictamen de los investigadores fue el siguiente: el alfabeto del libro consta de catorce caracteres básicos, a los que hay que añadir otros catorce signos combinados o glifos, con excepción de algunas docenas de otros caracteres que aparecen una o dos veces en todo el texto. Por consiguiente, no está claro el número de glifos

del alfabeto «voynichés». Puede oscilar entre 24 y 40, ya que muchas formas básicas se unen para formar nuevos caracteres compuestos. Otras veces se advierten en las letras «ganchos» o «colas» añadidos, lo cual complica todavía más el asunto. Sin embargo, hay también ciertas obviedades: la escritura se lee de izquierda a derecha, el idioma empleado carece de signos de puntuación y el manuscrito no muestra ni una sola corrección en todo el texto. Pero más allá de estas características elementales, cualquier certeza brilla por su ausencia.

Según los expertos, la colocación de las letras sigue rigurosamente la ley del lingüista de Harvard George Kingsley Zipf (1902-1950), para quien el número de ocasiones en que una palabra se repite en un texto es inversamente proporcional a su longitud; es decir, que la palabra más frecuente en una gran porción de texto aparece el doble de veces que la segunda palabra más utilizada, y el triple que la tercera más usada, y así sucesivamente. Esta reiteración de patrones suele estructurar la mayoría de las lenguas humanas. Naturalmente, es del todo inverosímil que el autor del manuscrito conociera esta ley, formulada cinco siglos después, pero no que utilizara un lenguaje cifrado semejante a los que inventó León Alberti en 1460.

El manuscrito incluía una carta del erudito bohemio Johannes Marcus Marci, dirigida a Athanasius Kircher, que atribuye la autoría del manuscrito al filósofo, científico y teólogo inglés Roger Bacon (*ca.* 1214-1294), conocido por haber sido el primer científico occidental en poner en cuestión por primera vez la autoridad eclesiástica y dar primacía al conocimiento derivado de la experiencia sobre la fe en las Sagradas Escrituras. Este monje franciscano había estudiado en Oxford gramática, retórica, aritmética, geometría, astronomía y música, además

de aprender latín, griego, árabe y hebreo, lo que le permitió leer los textos en su lengua original y evitar las malas traducciones de la época, lo cual le convirtió en un gran especialista en Aristóteles. Su fama llegó a París, que era entonces el centro del debate filosófico europeo, y fue invitado a su universidad. En su obra *De mirabili potestate artis et naturae*, Bacon especula sobre ciertos instrumentos que mueven los barcos sin remo o hacen que los carruajes alcancen altas velocidades, teoriza sobre máquinas voladoras, artefactos que elevan enormes pesos o son capaces de viajar bajo el mar. Asimismo fueron notables sus estudios de óptica y fisiología de la visión, así como la detallada manera con la que describe, tres siglos antes que Galileo, un instrumento similar al telescopio. Bacon instaba a los teólogos a no seguir de memoria las enseñanzas de la tradición escolástica y a estudiar las ciencias tomando como base la observación directa. Fiel a su pensamiento, fue encerrado durante diez años en una celda de un monasterio franciscano por haber difundido la alquimia árabe. Su interés por el proceso alquímico, la medicina, la astrología, la astronomía y los métodos para codificar textos y hacerlos inaccesibles, convierte a Bacon en el perfil ideal para ser el autor de nuestro misterioso manuscrito. Y Voynich estaba empeñado en demostrarlo.

Para William Romaine Newbold (1865-1926), profesor de filosofía de la Universidad de Pensilvania, no había duda de que el manuscrito era obra de Roger Bacon. Aunque fue el primero en ofrecer un análisis detallado del código, su precipitada hipótesis lo condujo a deducir aventuradamente que su sistema criptográfico estaba basado en la Cábala. Según Newbold, Bacon elaboraba anagramas con bloques de letras, tal como solían hacer los cabalistas con las letras hebreas y los nombres de Dios y de los án-

geles, y creyó haber descifrado la lengua «voynichesa». Sin embargo, aunque este sistema criptográfico funcionaba perfectamente con el alfabeto latino, no sucedía lo mismo con las letras del idioma «voychinés»; así que dedujo que en lugar de uno debía haber dos sistemas de codificación —uno de ellos cabalístico—, con el objeto de ocultar un tratado de alquimia, y que lo más probable fuera que Bacon hubiese utilizado un instrumento óptico parecido al microscopio para haber obtenido sus representaciones de óvulos y espermatozoides.

En 1921, John M. Manly (1865-1940), un agudo profesor de la Universidad de Chicago, que durante la Primera Guerra Mundial había pertenecido al departamento de criptografía de la marina estadounidense, publicó un artículo demoledor que refutaba todos los argumentos de Newbold. Según Manly, su sistema de descodificación era totalmente subjetivo. En primer lugar, porque un procedimiento tan abierto y flexible permite llegar a cualquier resultado deseable. Pero además cabía preguntarse también por qué Bacon iba a utilizar un sistema tan complicado si no ofrecía a su depositario la seguridad de poderlo descifrar. Y concluyó: «Lo que obtiene el descifrador no es un mensaje cifrado por un erudito del siglo XIII sino un producto creado por el subconsciente de un estudioso del siglo XX». Su artículo hundió las tesis de Newbold, incluida la hipótesis sobre la autoría de Bacon. Manly no creía que Newbold fuera deshonesto, pero consideraba sus conclusiones del todo infundadas. Pero tanto éste como Voynich no sufrieron ningún contratiempo por ello, ya que ambos habían fallecido antes de publicarse este artículo demoledor.

Por esas mismas fechas, otro brillante filólogo estadounidense, William Frederick Friedman (1891-1969), el

gran especialista de la sección de criptología de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos que durante la Segunda Guerra Mundial había logrado descifrar las claves criptográficas del ejército japonés, comenzó a interesarse por el manuscrito. Durante casi cuarenta años, él y su esposa, en contacto con varios departamentos de otros países, analizaron este manuscrito con admirable paciencia y determinación. Al cabo de los años, transcribieron todo el texto y lo procesaron, primero con una máquina IBM y quince años después con un ordenador, sin llegar tampoco a ningún resultado. Dedujeron que la lengua «voynichesa» debía de ser un temprano intento de construir un idioma artificial, semejante al del obispo John Wilkins, autor de las primeras tentativas de crear en el siglo XVII una lengua filosófica artificial de uso universal. Una vez asumida la desalentadora conclusión de estar ante un alfabeto indecifrable, la única vía posible era guiarse por sus ilustraciones y analizarlas. De modo que herboristas, botánicos y astrónomos de los cinco continentes fueron uniéndose al proyecto, sin dejar por ello de extender el clima de absoluta incertidumbre que siempre ha rodeado a este manuscrito.

La obra fue dividida en seis secciones. La primera (1r-66v) es un herbario iluminado con 113 especies de plantas, todas ellas acompañadas de un texto. Cada página está ilustrada con una o dos plantas coloreadas generalmente en tonos verdosos y marrones, y sigue la típica disposición de los herbarios europeos medievales. Hasta ahora sólo se han identificado dos plantas: el pensamiento silvestre y el helecho «culantrillo» llamado «cabello de Venus». Algunas de estas plantas estrambóticas parecen tener raíces de una especie y hojas y flores de otra, y en ocasiones aparecen ojos pintados en las raíces, que pueden sim-



bolizar ciertas cualidades mágicas o creativas. En suma, tal como ha dicho la experta en botánica medieval, Karen Reeds, se trata de plantas «fantasmagóricas».

La segunda sección (67r-73v) es de carácter astronómico. Con poco texto, aparentemente seguido, comprende

a través de las diversas doctrinas de la ilusión, trata de persuadirnos de la contundente paradoja de que la mejor manera de aproximarnos a lo *real* sea por medio de ciertas metáforas poéticas. El último ensayo, ya publicado en el libro de Masao Yamamoto *Small Things in Silence*, es una exploración del particular mundo estético de este gran fotógrafo japonés, que concluye con una profunda reflexión sobre por qué la belleza, el mayor enigma del arte, ha influido tanto en la filosofía y en la religión.

Fundador, director y diseñador de la editorial Siruela hasta el 2003, así como de la revista *El Paseante*, Jacobo Siruela dirige actualmente la editorial Atalanta desde su sede ampurdanesa en Vilaür. Ha escrito *El mundo bajo los párpados*, una investigación cultural del onirismo, que fue destacada por los diarios *El País* y *Reforma* de México como uno de los diez mejores libros del año 2010. Asimismo es autor de dos celebradas antologías, *Vampiros* (2010) y *Antología universal del relato fantástico* (2013), y de una historia mínima de la Casa de Alba, publicada en el volumen conjunto *El palacio de Liria*, en compañía de otros autores.

Memoria mundi



ISBN 978-844437702-0



9 788494 377020

[www.atalantaweb.com](http://www.atalantaweb.com)